

nelon y Mad. Guyon, en que no hubo mas seducción que la piedad y el entusiasmo.

SEGUNDA PARTE

Las narraciones místicas de Mad. Guyon, embargando los ánimos de Mad. de Maintenon y Fenelon, se presentaban á estos como perfumes secretos de piedad, que debían respirar en el santuario de su corazón, sin dejar traslucir nada en el exterior, temiendo que se estraviase el vulgo. El rey, tan sencillo cuanto á la fé como en cuanto á la imaginación pensaba mas severamente.

«He leído al rey algunos trozos de los escritos de nuestra amiga, escribía Mad. de Maintenon, y me ha dicho que eran delirios de su imaginación; aun no ha comprendido lo bastante lo que es la piedad para gustarlos.» «No estendais, añadía, las máximas del abate Fenelon, entre gentes que no le comprendan; y en cuanto á Mad. Guyon es preciso guardarla para nosotros. Fenelon tiene razón no queriendo que se divulguen estos escritos, porque no todos tienen un espíritu recto y firme, y sería predicar la libertad de los hijos de Dios á los que aun no lo son.»

Por esto se ve que Fenelon mismo desconfiaba del éxito de una perfección ideal, que podría escandalizar á los débiles; que su complicidad espiritual con Mad. de Guyon no era tan grande como la de Mad. de Maintenon y que su admiración llena de prudencia hasta en el entusiasmo no iba nunca á parar en el fanatismo.

Este entusiasmo provenía de su misma naturaleza, y de aquella disposición mística al amor de Dios en que la ternura se confunde con la sutileza. E escuchémosle cuando habla de Santa Teresa, y reconoceremos en su admiración cual es el gusto íntimo, la índole de su piedad, y encontraremos al mismo tiempo la reserva, la discreción y la moderación que nunca le abandonaron.

«De la oración simple en que estaba Santa Teresa, Dios la elevó á la mas alta contemplación; penetra hasta donde principia el matrimonio virginal entre el esposo y la esposa, ella pertenece enteramente á Dios lo mismo que Dios á ella. Su alma lo experimenta y posee todo, revelation, espíritu de profeta, visiones sin imagen alguna sensible, enagenamientos, tormentos deliciosos como dice ella misma, en que el alma se extasia y sucumbe el cuerpo, y en que Dios se presenta á ella de una manera que deslumbrada y confundida, el alma desfallece no

pudiendo sentir tanta magestad; en una palabra, todos los dones sobrenaturales se presentan á su espíritu.»

«Sus directores se engañan desde luego; y queriendo juzgar de sus fuerzas para la práctica de las virtudes, por su oración y por el resto de debilidad é imperfección que Dios dejaba en ella para humillarla, concluyen creyendo que está en una ilusión peligrosa y quieren exorcizarla. ¡Ah! ¡Qué turbación para un alma llamada á la mas completa obediencia, y conducida como Santa Teresa, por el camino del temor cuando son contrariadas sus aspiraciones por los que la dirigen! «Estaba, dice, como en medio de un río espuesta á ahogarme y sin espeperanza de socorro.»—«No sabe lo que es, ni lo que hace cuando ora, y lo que fué su mayor consuelo por espacio de tantos años, era entonces su mas amarga pena. Queriendo obedecer abandona su atractivo; pero es inútil, nada consigue porque sucumbe á él, sin poder dejarle ni seguirle. En esta duda siente los horrores de la desesperación, y todo desaparece para ella, todo la atemoriza, todo la abandona. Su mismo Dios en quien descansaba tan dulcemente, se ha convertido en un sueño y esclama como Magdalena en su dolor: *Me lo han arrebatado y no sé dónde lo han llevado.* ¡Oh vosotros, ungidos del Señor, tratad de comprender por la práctica de la oración, las mas profundas y misteriosas operaciones de la gracia, puesto que sois los que la habeis de dispensar! ¡Cuánto no padecen las almas que guiais, cuando la aridez de vuestros estudios, y vuestra indiferencia con respecto á los caminos ocultos os hacen condenar lo que no conocéis por la experiencia! ¡Dichosas las almas que encuentran un enviado de Dios, así como Santa Teresa encontró á San Francisco de Borja y Pedro de Alcántara que la allanaron el camino que debía seguir!»—«Hasta entonces, dice, me daba mas vergüenza declarar mis revelaciones, que me hubiera dado confesar los mayores pecados.» ¡Y nosotros tendremos vergüenza de hablar de estas revelaciones en un siglo en que la incredulidad se llama sabiduría? Nos ruborizamos al decir en alabanza de la gracia lo que hizo en el corazón de Santa Teresa? No, no, calla siglo, siglo en que los mismos que creen las verdades de la religion, se jactan de rechazar sin exámen y como fábulas, las maravillas que Dios obra en sus santos.

«Conozco que es preciso examinar las almas, para ver si son de Dios, porque no puede agrandar á Dios que yo autorice una vana credulidad con vanas visiones, pero tampoco puede agrandar á Dios que yo dude en la fé cuando Dios quiere manifestarse. Aquel que derramaba desde lo alto como torrentes los dones milagrosos sobre los primeros fieles ¿no ha prometido tambien derramar su espíritu sobre todos? ¡No ha dicho: sobre todos mis siervos y siervas.» Aunque los últimos tiempos no sean tan dignos como los primeros de estas

revoluciones ¿deberemos creer que son imposibles? Pues que ¿ha desaparecido su origen? ¿Se ha cerrado el cielo para nosotros? No, la misma impiedad de los últimos tiempos hace mas necesarios estos dones para encender la fé y la caridad casi apagadas....

«¡Ah! Antes quisiera olvidarme de mí mismo que de esos libros (de Santa Teresa), tan sencillos, tan vivos, tan naturales, que no parece sino que cuando los leemos oímos hablar á Santa Teresa. ¡Cuán gratos son aquellos tiernos escritos en que mi alma ha gustado un maná oculto! ¡Qué sencillez cuando refiere un hecho! Aquello no es una historia es un cuadro. ¡Qué elocuencia para espresarlo todo! Admirado estoy al ver que la faltan las palabras, como ha dicho San Pablo, para decir todo lo que siente. ¡Qué fé tan viva! Los cielos se abren para ella, nada la asombra, y así habla tan familiarmente de las mas grandes revelaciones como de las cosas mas comunes.

«Dominada por la obediencia habla sin cesar de ella y de los sublimes dones que ha recibido sin afectación, sin complacencia, sin reflexión, así como un alma grande que no creyéndose útil para nada, y no viendo mas que á Dios solo en todo, se entrega sin recelo á la dirección de los demas. ¡Oh libros tan queridos de los que sirven á Dios por medio de la oración, tan alabados por toda la Iglesia, que no pueda yo ocultaros á tantos ojos profanos! Apartate, espíritu soberbio que solo lees esos libros para tentar á Dios y escandalizarte de su gracia ¿dónde estais, almas religiosas y sencillas, que sois las que debéis leerlos...? ¡Oh! si comprendiéseis cuan dulce es conocer á Dios cuando nos dedicamos solo á conocerle, gozaríais la gloria desde esta vida, vuestra paz se deslizaria tan dulcemente como un río, y vuestra justicia sería tan profunda como los abismos del mar.»

II.

Sin embargo, el rumor de las novedades que ocultaban en Saint-Cyr y Versailles, Mad. de Guyon y Fenelon y que entusiasmaban las almas ardientes, habia llegado hasta el arzobispo de París, Bossuet, y el obispo de Chartres, director espiritual de Mad. de Maintenon.

Estos tres oráculos de la Iglesia se reunieron y denunciaron á Fenelon como fautor peligroso de ideas nuevas ó temerarias, que debía ser alejado del rey y de su nieto, temiendo por la paz religiosa apenas conquistada.

Bourdaloue, orador célebre y venerado en el púlpito, fué consultado sobre estas doctrinas, y respondió con la misma severidad: «El silencio sobre estas materias, dice en su carta, es el mejor centinela de la paz, y solo en secreto debe hablarse de las confesiones sagra-

das con los directores espirituales.» Una conspiración oculta se tramaba, pues, por personas de severo carácter contra Fenelon, que tardó algun tiempo en estallar.

Nada indica aun en esta época un plan de Fenelon de Bossuet para hacer decaer en el ánimo del rey á un discípulo á quien habia querido, y solo se ven algunos temores en un hombre á quien lleno de traición repugnan las novedades por su fé y orgullo, y el dolor vivo de un maestro que ve á su discípulo no muy lejos de la duda en la fé. Estos dos sentimientos naturales en Bossuet, no necesitaban ser escitados por una baja envidia para estallar en santa cólera, porque la envidia no es la pasión del orgullo, y Bossuet estaba orgulloso de su genio y de su audacia; no envidiaba, queria destruir, y cuando se tiene el rayo en la mano no se tienden lazos.

Así, al principio de esta disputa, Bossuet trató de ahogarla y no de acriminarla. Consideró las visiones de Mad. Guyon como errores de una imaginación enfermiza; consintió en ver á aquella mujer célebre, recibió con indulgencia sus esplicaciones y sus quejas sobre el efecto que sus escritos causaban involuntariamente en los espíritus: la aconsejó el silencio, el retiro, la salida de París y el abandono de la corte por algun tiempo: se encargó de examinar detenidamente sus escritos y dar una sentencia suprema, á la que ella debía someterse con una deferencia voluntaria.

Hizo lo que habia prometido: leyó y censuró los libros de su penitente, y la escribió para indicarla con una bondad divina, los pasajes escandalosos para la razón ó peligrosos para la moral. Habló confidencialmente con Fenelon de los errores de su amiga espiritual, y le suplicó que los condenase con él. Fenelon, seguro de la ortodoxia de Mad. Guyon, y conmovido por las persecuciones que la amenazaban, la justificó delante de Bossuet con mas generosidad que política: se negó á condenar como teólogo lo que admiraba como hombre, como poeta y como amigo: respondió que Dios se servía de los mas débiles sentimientos para manifestar su gloria; que el espíritu inspiraba donde él quería; que la voz exaltada de los profetas ó de las sibilas no tenia la precisión ni la timidez de la voz de las escuelas, y que antes de condenar á los inspirados por Dios ó por su propia imaginación, se debía aprobarlos por el momento. Bossuet se contristó.

III

El rey, que se mezclaba en la teología sin comprender nada mas que la disciplina y la inalienabilidad de la Iglesia, manifestó su descontento. Mad. de Maintenon, causa del escándalo que se

había introducido en Saint-Cyr, en la corte y en la Iglesia, temió aparecer á los ojos del rey cómplice de los que alarmaban la conciencia del príncipe, y trató de separarse de sus amigos y retirarles su favor, sin unirse, sin embargo, á sus perseguidores. Daba en secreto testimonio de su inocencia y de su intención, pero apresuraba el nombramiento de un tribunal de doctrina para que se juzgase la cuestión, y para declinar una responsabilidad que la molestaba.

«Otra carta de Mad. Guyon escribía. Muy importuna es esta muger, aunque es cierto que también es muy desgraciada. Hoy me ruega que haga nombrar á Mr. Trouson, amigo de Fenelon, como juez, y no sé si el rey querrá causar esta mortificación al arzobispo de París... Fenelon tiene demasiada piedad para no creer que se pueda amar á Dios por sí mismo, y demasiado talento para creer que se pueda asociar este amor á los vicios mas vergonzosos. No es el abogado de madame Guyon, aunque sea su amigo; es el defensor de la piedad y de la perfección cristiana. Yo descanso en su palabra, porque he conocido pocos hombres tan francos como él, y así podeis decirlo.»

IV.

Abriéronse las conferencias. Bossuet dominaba en ellas; extraño á aquellas sutilezas, rogaba aun á Fenelon que le iniciase en esas exaltaciones de los místicos franceses y españoles ó italianos que había tolerado la Iglesia, y que él llamaba en su severo lenguaje *extravagancias amorosas*. Fenelon analizaba para Bossuet aquellos libros, que eran la fuente donde Mad. Guyon había bebido todo su entusiasmo, y manifestaba entonces mucha deferencia á Bossuet.

«No os apesadumbreis por mí, le escribía al enviarle estos documentos, estoy en vuestras manos como un niño. Estas doctrinas pasan por mí sin ser mías; nada me importa creer de una manera ó de otra; en el momento en que habéis nada quedará en mí, y aunque lo que haya leído me parezca mas claro que dos y dos son cuatro, sin embargo, creeré antes en la obligación de desconfiar de lo que sé, y acatar la sabiduría de un teólogo como vos... Respeto demasiado la tradición para tratar de separar de ella al que debe ser en nuestros días su mas firme apoyo.»

V.

Sin embargo, el arzobispo de París, impacientándose por la lentitud de las conferencias,

fulminaba anatemas de por sí contra Mad. Guyon y sus doctrinas. Mad. de Maintenon, temiendo que Fenelon fuese comprendido en las decisiones de la Iglesia de París, y desterrado también de la corte á donde quería retenerle, empleó para separarle de Mad. Guyon el favor real. El rey le nombró arzobispo de Cambrai, y Mad. de Maintenon esperaba con este motivo asociarle á los obispos que habían de juzgar á Mad. Guyon, y obligarle así á reprobar como teólogo lo que había admirado como amigo. El rey entró en este complot con gusto. En esta trama se encuentra confundida la habilidad de un cortesano bajo el afecto de una amiga. Madame de Maintenon quería tranquilizar al rey sobre las doctrinas de Fenelon, y al mismo tiempo atraer á Fenelon separándole de madame Guyon, á quien abandonaba á los obispos.

Fenelon se alarmó al pronto cuando supo que había sido nombrado para una dignidad que le hacía abandonar á su discípulo, y dijo al rey que la primera dignidad á sus ojos era la ternura que le unía á su nieto, y que siempre la preferiría á otra cualquiera.

«No, le respondió con bondad Luis XIV, porque al mismo tiempo seguireis siendo el preceptor de mi nieto. La disciplina de la Iglesia solo os obliga á permanecer nueve meses en vuestra diócesis: dedicareis los otros tres á vuestros discípulos aquí, y cuidareis desde Cambrai de su educación durante el resto del año, como si estuviérais en la corte.»

Fenelon, encadenado por tales favores, renunció á una abadía que poseía, y se resistió con un desinterés ejemplar á las instancias y á los ejemplos que le escitaban á conservar aquellas riquezas de la Iglesia; no quiso llevar á su obispado un tesoro de limosnas que pertenecían, según él, á otros pobres. El mundo le admiró sin imitarle.

El rey, siguiendo las inspiraciones de Mad. de Maintenon, le nombró juez en el tribunal que examinaba las doctrinas de Mad. Guyon. Pero ya habían concluido las conferencias, y Bossuet, único relator y único oráculo, fué el que dió la sentencia. Fenelon, después de haberla discutido y modificado en algunos de sus términos, en un sentido que excluía la aplicación de la censura á Mad. Guyon, firmó la exposición de los principios puramente teológicos de esta declaración. Parecía que la paz se había restablecido de tal manera entre estos dos oráculos de la fé en Francia, que Bossuet quiso ser el consagrante de su discípulo y amigo. El rey, su hijo, su nieto y toda la corte asistieron á la capilla de Mad. de Maintenon en Saint-Cyr, para presenciar la ceremonia en que el genio de la elocuencia consagraba al genio de la poesía.

VI.

Pero apenas se había restablecido esta paz por la intervención de Mad. de Maintenon, por la longanimidad de Bossuet, por la humildad de Fenelon y el silencio de Mad. Guyon, cuando nuevos motivos de discusión nacieron entre los prelados. Mad. Guyon se escapó secretamente del convento en que Bossuet la había ofrecido un asilo seguro y hospitalario en Meaux, capital de su diócesis, escribiéndole que se retiraba á la soledad, lejos del mundo y de sus tempestades. Pero en lugar de hacer lo que decía se ocultó en París, en medio de sus discípulos cada día mas apasionados, en cuyo número se contaban con inquietud Fenelon y sus amigos, el duque de Beauvilliers y el de Chevreuse.

En este tiempo murió el arzobispo de París, hombre de costumbres mundanas y que había extraviado la conciencia del rey. Buscábase una persona de gran virtud que realizase la silla; la Iglesia proponía á Bossuet, el mundo á Fenelon. Mad. de Maintenon dudaba entre los dos, temido el uno, amado el otro; el temor de novedades la alejó de Fenelon, el temor de la dominación de Bossuet, y se decidió por Mr. de Noailles, sacerdote ejemplar y agradable á la corte. Bossuet no se bajó á solicitarla ni á rehusarla, y resistió la injuria con magestad.

«Segun las apariencias, escribía á sus amigos de París, Dios tanto por su misericordia como por su justicia me dejará en mi puesto. Cuando deseais que se me ofrezca el obispado y rehuse quereis contentar mi vanidad, y mucho mas vale contentar la humildad. No debemos dudar que á pesar del mal discurso de los hombres, sea enterrado segun mis deseos aquí junto á todos mis predecesores, trabajando por la salvación del rebaño que me ha sido confiado.»

La grandeza de su ambición se encuentra en su franqueza. Bossuet conocía y sentía la injusticia de la preferencia de Mr. Noailles; pero no descendía ni á la murmuración, ni á las quejas, ni aun al deseo; sentía su venganza en su superioridad.

Sin embargo, ya fuese porque sin saberlo había sido humillado igualándose su mérito con la juventud de Fenelon, y la medianía de monsieur de Noailles, ya fuese que la evasión poco leal de Mad. Guyon, y su residencia sospechosa en París, le pareciesen haber sido causadas por Fenelon, y haber faltado así á la confianza que había depositado en su discípulo, principió á germinar en su corazón el resentimiento, y no tardó mucho en manifestarse. Solicitó del rey la prisión de Mad. Guyon, el cual la hizo buscar y cerrar en una casa de locos.

«¿Qué quereis que hagamos, escribía madame de Maintenon al arzobispo de París, de ella

de sus amigos y de sus papeles? Escribid directamente al rey que estará aquí aun todo el día — Me alegro mucho de su prisión; escribía también Bossuet á Mad. de Maintenon; este misterio ocultaba muchos males á la Iglesia. Fenelon, entonces en Cambrai, supo con dolor que su amiga había sido conducida á Vincennes. El duque de Beauvilliers tembló creyendo que Fenelon tendría que abandonar la educación del duque de Borgoña.

«Es indudable, escribía, que hay una cámara muy poderosa y animada contra el arzobispo de Cambrai. Mad. de Maintenon obedece todo lo que se la dice, y está dispuesta á llegar á los extremos contra él. Creo que no esté muy lejos el día en que los príncipes le miren como hombre sospechoso, y que les inspire doctrinas peligrosas. Si esto sucede, también me llegará á mí la vez; pero os digo que me consolaría el escándalo que lo siguiese... Respecto á Fenelon no le aconsejaré, aun cuando lo desease, una condenación formal de los libros de Mad. Guyon, porque causaría demasiado gozo á los libertinos de la corte y sería confirmar todo lo que se dice contra la piedad... sería dar lugar á creer que es cómplice de todo lo que se imputa á esa pobre muger, y que por política y por temor á la desgracia, se apresura á abjurarlo. Yo me creeré siempre obligado á decir claramente lo que pueda justificar á Mr. Fenelon, y si fuese desgraciado lo diría mas alto, para que se viese que solo la justicia y la verdad me obligan á hablar...»

Después de muchos interrogatorios fué conducida Mad. Guyon á un convento de Vaugirard, bajo el cuidado del superior de San Sulpicio. «Bossuet, escribía Mad. de Maintenon, no aprobaré lo que hemos hecho, pero yo creo de mi deber evitar cuanto me sea posible las violencias.»

VII.

«Quieren que condene á Mad. Guyon, escribía también entonces Fenelon. Cuando la Iglesia pronuncie una sentencia sobre sus doctrinas, estoy pronto á sellarla con mi sangre, y mientras esto no suceda, no puedo yo de ninguna manera hacer nada, porque he observado desde cerca una vida que me ha edificado muchísimo, y bajo ningún concepto puedo yo condenar, como se quiere, á una persona por cosas que no he visto. ¿Cómo he de encarnizarme en una pobre muger cuyo amigo he sido y contra quien se han lanzado tantos anatemas?»

«En cuanto á Bossuet me alegraría adherirme á lo que dice, si lo desea respecto de la doctrina; pero en conciencia no puedo, si

ataca á una muger que me parece inocente y escritos que he dejado condenar sin añadir inútilmente mi propia censura...

Bossuet es un santo sacerdote, un amigo seguro y tierno; pero exaltado por un celo estremado por la Iglesia, y por la amistad que me profesa, quiere conducirme mas allá de donde se debe.... y creo que lo mismo sucede á Mad. Maintenon, que se aflige y se irrita á cada noticia que recibe. Todo está reducido, pues, por mi parte á no querer hablar contra mi conciencia, y á no consentir en insultar á una muger á quien he reverenciado como santa en todo lo que he visto...

Si yo fuese capaz, añade en una carta de tiernas reconvenções á Mad. Maintenon, si yo fuese capaz de defender á una muger que predicase un nuevo evangelio, deberian destruirme y quemarme lejos de soportarme como vos lo haceis, pero puedo engañarme muy inocentemente sobre una persona que creo es una santa. Nunca he tenido inclinacion natural por ella, ni he observado en ella ninguna cualidad extraordinaria que me haya prevenido en su favor; Mad. Guyon es muy franca é ingénuo, y la prueba de ello es muy clara, puesto que Bossuet os ha presentado como impiedades cosas que le habia confiado...

Y no hago caso alguno de sus pretendidas profecías, ni de sus revelaciones, porque no he oído hablar nunca de las imágenes escandalosas que atribuyen á su misticismo para espresar el amor divino; y pondria mi cabeza por asegurar que todo eso no quiere decir nada, y que Bossuet no tiene escusa por haberos dado como doctrina de Mad. Guyon lo que no es mas que un sueño, una espresion figurada, ú otra cosa por el estilo...

No se han encontrado mas que calumnias en contra de sus costumbres, y estoy tan persuadido de que no ha enseñado nada malo que responderia aun de hacerla dar las esplicaciones ó retractaciones satisfactorias.... ¿Creeréis quizá que hablo así para que la pongan en libertad? No, yo me obligo á que dé esas esplicaciones sin que salga de la prision, sin averla, solo la escribiré cartas abiertas para que las leais vos y sus acusadores.

Después de esto dejadla morir en la prision. Estoy contento de que muera en ella, de que no la veamos nunca, y de que no volvamos á oír hablar de ella.

¿Por qué, pues, nos cerrais vuestro corazón como si fuésemos de una religion contraria á la que profesais? No temais que yo conltradiga á Bossuet, porque nunca hablaré de él sino como de mi maestro; y consiento en que quede vencedor y que crean que me ha sacado del extravío en que me hallaba: sinceramente hablando, no quiero tener para él mas que deferencia y docilidad...

VIII.

Fenelon, colocado así por su imprudencia y por la rigidez de sus contrarios entre el crimen de condenar á quien creía inocente, la humillacion de condenarse á sí mismo, y el peligro de suscitar contra sí los anatemas de Bossuet, cabeza de la Iglesia de Francia, se retiró triste y presintiendo la ruina de su vida á la soledad de Cambrai. Allí, para manifestar su inocencia en la fe y para hacer desaparecer cualquier pretexto de las acriminaciones de Bossuet, escribió las *Máximas de los santos*, libro que era la justificación del amor desinteresado de Dios por los textos sacados de los escritos y de las opiniones de los oráculos de la Iglesia; doctrina trascendente de los místicos de todos tiempos; y sometió humildemente su manuscrito página por página á la censura de monseñor de Noailles, que le obligó á no enseñarle sino á sus teólogos sin que le viera Bossuet: corrigió todos los puntos sobre que hicieron estos alguna observacion, y encargó al duque de Chevreuse su amigo, la impresion del libro.

Bossuet se indignó cuando oyó hablar de la próxima publicacion de un libro que no habia visto. «Estoy seguro, decia, de que este libro no puede menos de causar un gran escándalo... y no puedo en conciencia consentirlo... Dios me obliga á hacer ver que se quieren defender libros temerarios que destruyen la piedad... y sacrificaré mi vida por esta verdad. Huyen de mí en esta ocasion des pues de haberme manifestado tanta sumision en las palabras porque se conoce que Dios en quien tengo toda mi confianza me dará fuerzas para descubrir la trama...»

IX.

La cólera de Bossuet fué contagiosa á la aparicion del libro, y la justificación de Fenelon se consideró como un crimen contra la autoridad del oráculo de la Iglesia de Francia. El rey se decidió por el gefe del episcopado. Un historiador imparcial y contemporáneo, Mr. d'Aguesseau, atribuye la cólera de Luis XIV á la aversion oculta que alimentaba contra Fenelon por la superioridad de su talento.

Ya fuese que el príncipe temiese, dice d'Aguesseau, su talento superior, ó ya que le desagradase cierta estrañeza y profundidad en el carácter y en la forma de Fenelon, pues el rey lo llevaba todo á la sencillez y á la unidad; ya que Fenelon, guiado por una política profunda, evitase la familiaridad con él

queriendo aparentar encerrarse dentro de sí, es cierto que Luis XIV no habia manifestado nunca inclinacion por él y no le costó ningun trabajo sacrificarle.

Bossuet aumentó este desvío hácia Fenelon alarmando la conciencia del rey. Se acusó como de una condescendencia criminal por no haber revelado antes al rey el fanatismo de su discípulo. La corte, sabiendo la antipatia del rey, se unió contra el pretendido herejarca.

«Unos sentimientos naturales tan buenos, dice tambien d'Aguesseau, fueron pervertidos, como los del primer hombre por la voz de una muger. Su talento, su ambicion, su fortuna y aun su reputacion, fueron sacrificados por él no á una ilusion de sus sentidos, sino de su espíritu; y vióse á aquel genio sublime limitarse á ser el profeta y el oráculo de una secta abundante en imágenes especiosas y seductoras, queriendo ser filósofo y no siendo mas que orador, carácter que ha conservado en todas las obras que han salido de su pluma hasta el fin de su vida.»

Llegóse hasta acusarle de haber querido halagar la devocion del rey para conquistarse su fortuna, pensando unir la política al misticismo y formar por los lazos secretos de un lenguaje misterioso una cábala poderosa á cuyo frente se conservaria siempre por la elevacion é influencia de su genio.

Estas imputaciones caian y se desvanecian por sí mismas ante el ánimo que mostró Fenelon defendiendo á una muger perseguida y unas doctrinas calumniadas aun á costa de enfiadar al rey y ofender á Bossuet.

Todos se alejaban de él: el contagio de la desgracia en que se habia precipitado voluntariamente hacia que todos temiesen no solo justificarle, pero ni aun compadecerle; y se encontraba en Versalles tan aislado como en Cambrai esperando á cada momento que le desterrasen. Oprimido por esta angustia de su alma supo que un incendio habia devorado con su palacio episcopal de Cambrai los muebles, los libros y los manuscritos que contenia, única riqueza que habia llevado allí; y contestó con su serenidad habitual al abate de Langezon que le dió la noticia de esta desgracia: «Mas quiero que el fuego haya devorado mi casa que la cabaña de una pobre familia.»

X.

Bossuet, sin embargo, seguia fulminando severas censuras contra el libro de Fenelon, lamentándose alguna que otra vez de su antiguo amigo. «Muy duro me es, decia, hablar así de un amigo tan acostumbrado á oír mi voz como yo á oír la suya, y Dios, bajo cuya ins-

piracion escribo, sabe qué sentimiento va envuelto en mi triste queja, cuando pienso que mi amigo de tantos años me juzga indigno de tratar con él, á mí, que no he elevado nunca contra él la mas minima voz... Un amigo de toda mi vida, un adversario querido á quien llevo dentro de mi corazón como sabe Dios...»

XI.

Al mismo tiempo que Bossuet escribía estas líneas, Fenelon recibía una orden del rey para abandonar á Versalles y marchar á Cambrai sin detenerse en París, prohibiéndole ademas ir á Roma á solicitar una decision del papa sobre sus doctrinas, temiendo sin duda la influencia que su genio y su virtud ejercian en Roma como en todas partes. Tambien al mismo tiempo escribía el rey á Roma pidiendo al soberano pontífice la condenacion del arzobispo de Cambrai, obligándose á ponerla en ejecucion valiéndose de toda su autoridad real.

La separacion de Fenelon y del duque de Borgoña, su discípulo, conmovió y destrozó sus corazones. Las lágrimas del duque de Beauvilliers, del duque de Chevreuse, se mezclaron con las del joven príncipe y de su amigo. El duque de Borgoña se arrojó en vano á los pies del rey su abuelo para conseguir una contra-orden, una espera, un perdon: «No, hijo mio, respondió el rey: no puedo convertir esto en un negocio de favor; se trata de la estabilidad de la fe, y Bossuet sabe mas en esta materia que vos y yo.»

Mad. de Maintenon, tanto mas inexorable, cuanto que habia sido cómplice, se negó á recibir á Fenelon.

El duque de Beauvilliers, tan fiel á la virtud como á la amistad, habló libremente al que podía dispensar una gracia: «Señor, dijo al rey, todo lo que tengo lo debo á V. M.: me habeis elevado y podeis humillarme; respeto la voluntad de Dios en la voluntad del príncipe; me retiro de la corte, señor, con el sentimiento de haberos desagradado, pero con la esperanza de una vida mas tranquila.» Fenelon por el contrario suplicaba al duque de Beauvilliers y á sus amigos que no se perdiesen por su causa.

«Estoy abrumado por los oprobios con que me han cubierto, escribía á sus amigos, pero sacrificaré el Esperad un poco, y el sueño engañador de esta vida se desvanecerá y nos reuniremos para siempre en el reino de la verdad, donde no hay errores, ni divisiones, ni escándalos, y donde la paz de Dios será la nuestra. Esperemos sufriendo, callando, dejándonos hollar con los pies y tengámonos por dichosos si nuestra ignominia sirve para su gloria.»